

EL METODO HISTORICO EN LAS CIENCIAS SOCIALES*

M. M. POSTAN

POCAS ramas de los estudios universitarios son más connaturales a Cambridge que la que tengo el gran honor de representar. Fué en Cambridge en donde el arcediano Cunningham puso los cimientos de la historia económica como materia universitaria y fué de esta Universidad de donde brotó la larga corriente de sus libros precursores. Cunningham fué un gran misionero, porque para él la historia económica fué parte de su fe política y filosófica. Creía que el pensamiento inglés y la política inglesa de su tiempo necesitaban ser rescatados de los prejuicios a-morales y a-nacionales de la economía liberal y de la historia *whig*; y era de la historia económica, como se enseñaba entonces en Alemania, de donde vendría el remedio. Esta creencia le llevó a concentrarse en muy buena medida en los problemas de política económica, excluyendo muchos de los tópicos que ahora forman el campo de la historia económica. Sin embargo, es notable cómo, a pesar de sus preocupaciones, el trabajo ha sobrevivido a la fe que los impulsó, y ha perdurado hasta nuestros días en sus trazos principales. Si a los historiadores economistas de la generación siguiente les fué posible dedicarse a un estudio especializado, fué porque para ellos había sido ocupado el campo y porque Cunningham había puesto los cimientos.

* Clase inaugural del nuevo profesor de historia económica en la Universidad de Cambridge.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Pero lo que la generación siguiente debió al hombre que puso los cimientos, la actual lo debe al hombre que edificó sobre ellos, el primer titular de la cátedra, el maestro albañil que me ha precedido. El doctor Clapham encontró en el terreno en que ha trabajado, y continúa trabajando, una masa de conocimientos a medias, lleno de malezas tenaces y pintorescas. No sólo limpió este terreno, sino que en su propia, inimitable y lapidaria manera, lo ha cubierto con una estructura de hechos tan sólidos y seguros como el granito. En su campo y a su modo, nada queda por hacer: así, en Cambridge, donde empezó la primera fase de la historia económica, acaba de concluirse la segunda.

I

Ningún titular actual de la cátedra, con esa obra que lo precede, puede pretender ser un precursor. Nunca podrá conocer la alegría de estacar las primeras reivindicaciones y de voltear los primeros terrones, o la más grande de todas, la de inventar nombres nuevos. Sin embargo, sería un hipócrita si pretendiera no gustar de las ventajas de su posición de heredero; sobre todas, la grande de no embarcarse en su conferencia inaugural en la gran controversia de la historia como ciencia *versus* la historia como arte.

En tanto que la ciencia significa exactitud y el arte buena escritura, sus demandas respectivas a los historiadores han sido satisfechas ya, pues hoy todos estamos de acuerdo con el profesor "Regius", en que la historia debe

EL METODO HISTORICO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

ser tan exacta como legible. Pero aun si la ciencia y el arte se definen por sus objetos—la ciencia como busca de causas generales, el arte como ejercicio de creación imaginativa—la disyuntiva no se presenta a la historia económica, aun cuando todavía pueda interesar a otras ramas de la historia. Pues en la historia económica, los hábitos de sus fundadores, el accidente de su nacimiento y la naturaleza de su material, privan al historiador de una elección real y lo condenan a ocuparse de las ciencias sociales.

No puede darse a los hechos de la historia económica forma de una imagen que atraiga directamente a nuestras sensibilidades artísticas, como pueden dársela a una biografía personal o a un campo de batalla. Su instrumento más efectivo es el lenguaje impersonal de las medidas estadísticas, como el doctor Clapham ha argüído y demostrado tan bien. Nació, no como un intento de rivalizar con la novela o el drama en el recreo de la vida, sino como un esfuerzo para ayudar a la solución de los problemas sociales. Sus fundadores en el extranjero fueron juristas sociólogos del período romántico: Möser, Guizot, Lamprecht, o los economistas de mediados de siglo: Knies, Roscher, List. En este país su fuente de inspiración es Adam Smith, y su carácter se deriva más de Bacon que de Shakespeare. Así, a pesar de que los historiadores economistas desearían colocarse en el rango de las artes más ricas y viejas, están obligados a servir a la más pobre y joven de las ciencias.

Pero, por una controversia que han evitado, han hecho surgir legiones de otras. Habiéndose ido a morar con las

EL TRIMESTRE ECONOMICO

ciencias sociales, todavía tienen que decidir los detalles de la habitación: lo que ha de ser—casa independiente o semi-independiente y en qué lugar—en las salas públicas o en los cuartos de los sirvientes. Todos estos son problemas de cohabitación dentro de las ciencias sociales y el mero hecho de que no se hayan demarcado cabalmente los solares, hace la elección difícil e incierta.

Vista de manera superficial, la inclinación que prevalece ahora entre los vecinos más cercanos de la historia es muy propicia para la historia social y económica, si se la ve superficialmente. Una nueva ola de empirismo parece estar barriendo a través de regiones hasta ahora habitadas por la teoría pura. La sociología, el más general y el menos definido de los estudios sociales, está rematando rápidamente su interés en fórmulas comprensivas y volviéndose hacia un estudio comparativo de las instituciones: familia, propiedad, costumbres legales y división de clases. Cuando se hace con habilidad, se confunde con el estudio especializado del testimonio social; y puesto que todo testimonio social, cuando no es antropológico o estadístico, tiene que ser histórico, mucha de la sociología ha estado tomando el carácter de historia generalizada y universalizada. De la misma manera, lo que ahora pasa por ciencia política en gran parte se refiere a las instituciones políticas según las presentan experiencias históricas recientes. Y finalmente, la economía—terreno en que los historiadores economistas acampan con más frecuencia—ha entrado en una de sus fases empíricas.

Los economistas, como los sociólogos teóricos de an-

EL METODO HISTORICO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

taño, sólo que más aún, trataron de resolver los problemas mayores posibles con el menor conocimiento posible. El ingenio con que se hacían, y aún se hacen, algunos de los ejercicios silogísticos de la teoría económica, sólo halla rival en la irrealidad de algunas de sus conclusiones. Pero si algunas de estas son capaces de esclarecer problemas reales de la vida económica, y la economía, en conjunto, es algo más que un *soufflé* de postulados batidos, es porque hasta los economistas más teóricos se las arreglan a veces para mezclar sus teoremas con un poco de observación social. El hecho de que los economistas de Cambridge, de Marshall a Keynes, hayan intentado siempre sacar fruto de sus observaciones personales de la realidad, puede explicar la importancia práctica de sus construcciones teóricas. La capacidad de Marshall para interpolar una condición empírica nueva en cada etapa sucesiva de su argumento y de citar hechos nuevos para rectificar conclusiones viejas, es quizás el rasgo más sorprendente de su método. Y ningún lector de la teoría general de Keynes dejará de observar la posición central que ocupan en ella dos escalas empíricas, agudamente observadas.

Pero lo que en los libros de Marshall o Keynes es una chispa ocasional de sabiduría personal, ahora promete, o, diré, amenaza, convertirse en una rama organizada del estudio económico. El darse cuenta de que su objeto ha sido más puro de lo que debía, ha llevado a los economistas a insistir sobre la necesidad de un estudio inductivo. Muy recientemente en este país y en Estados Unidos, y en Alemania hace bastante tiempo, una cantidad siempre

EL TRIMESTRE ECONOMICO

creciente de esfuerzo académico se ha consumido en la reunión de hechos económicos. Han estado inundando el mercado estudios de industrias y de firmas particulares; de movimientos de precios y salarios; de tratados comerciales y métodos legislativos. Medido en volumen, la mayor parte del estudio económico americano está dedicado a la reunión de hechos. Medido en forma similar, el plan de estudios del *Tripos* económico en Cambridge consiste en muy buena medida en cursos sobre ésta o aquella industria, ésta o aquella región. Y al escuchar la conversación económica de moda, se debiera pensar que toda la raza de economistas ha sido convertida a la religión de la máquina contadora.

II

Así, superficialmente, parecería, que como depósito de los hechos empíricos que tanto los economistas como los sociólogos pueden emplear, la historia ha vuelto, otra vez, a su propio ser, y que las ciencias sociales, una vez más, vuelven a ser históricas. Y sin embargo, si ha de averiguarse la verdad, mucho del reciente afán por los hechos, del galanteo con los hechos y de la acumulación de hechos, aparece a un historiador economista tan alejado de la historia y tan poco a propósito para el objeto real del estudio empírico, como son las fantasías de gabinete de los sociólogos o las abstracciones puras de los economistas matemáticos. Porque aun cuando en cierto sentido todos los hechos son hechos históricos y todos los hechos históricos son testimonio social, los datos que los economis-

EL METODO HISTORICO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

tas y sociólogos acumulan ahora, rara vez se emplean de manera que el historiador economista pueda reconocerlos como históricos.

La historia es algo que, a su vez, es más y menos de lo que los sociólogos y economistas hacen ahora de ella. Ciertamente es algo más que una reunión de datos. Todos sabemos que lo que ahora distingue la honorable ocupación de los anticuarios de la dudosa ocupación de los historiadores, es, que mientras los anticuarios coleccionan hechos, los historiadores estudian problemas. Un verdadero anticuario recibe con agrado todos los hechos pasados; para un historiador los hechos son de poco valor a menos que sean causas o partes de causas, o las causas de causas del fenómeno que estudia. La descripción de una industria en la que todos los hechos que hieren los ojos del estudiante están reunidos, es una pieza de anticuarionismo económico. La historia económica termina ahí donde los hechos cesan de contestar preguntas. Cuanto más cercanas estén las preguntas a los problemas sociales y que los problemas dominen más completamente la búsqueda de los hechos, el estudio estará más cerca de la función verdadera de la historia en las ciencias sociales.

Estas observaciones obvias pueden impresionar a los economistas como una admonición enviada a una dirección equivocada, pues en el pasado estaban dispuestos a justificar su indiferencia por los estudios históricos con la supuesta inaplicabilidad de la historia económica a los problemas económicos. Trataremos de esta acusación, pues el historiador no tiene toda la culpa de esa supuesta inaplicabilidad. Pero aun cuando la tuviera, persiste el

hecho de que la cantidad de conocimientos útiles, o de simple sentido común, que pueda derivarse de la inundación de estudios empíricos, resulta desproporcionada a los esfuerzos empleados en ellos. Y si esto es así, no es porque los investigadores sean incompetentes, el testimonio intratable o porque las otras ciencias no cooperen, sino porque es defectuoso el sentido general de la llamada economía empírica. Rara vez los economistas derivan de sus hechos el conocimiento teórico que requieren, porque no hacen a los hechos la clase de preguntas que los hechos pueden contestar.

Acabamos de decir que cuanto más cerca esté la cuestión del problema social y más completa sea la forma en que domine a un hecho, lo está más de la historia y del verdadero objeto de las ciencias sociales. Así lo entienden muy bien los economistas; lo que quizá no perciban es que para los propósitos del estudio empírico, el problema dominante no está necesariamente dado por las condiciones teóricas de la economía abstracta. La tendencia que prevalece entre los economistas es la de creer que habiendo llegado a una conclusión mediante una serie larga y complicada de deducciones de proposiciones originales pueden proceder entonces a comprobarla con hechos históricos y estadísticos. No quiero sugerir que esa comprobación sea siempre imposible, o que cuando es posible, sea indeseable. En campos en los cuales los supuestos originales corresponden de cerca a una experiencia real, susceptible de descubrirse con facilidad y limitada en alcance, a veces se llega a conclusiones que pueden comprobar

EL METODO HISTORICO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

estudios empíricos posteriores. Ningún lector del libro sobre la historia de las tarifas norteamericanas, o del de Viner, sobre el comercio exterior de Canadá, o de Bresciani-Turoni, sobre la inflación en Alemania, puede dejar de reconocer que los hechos históricos pueden muy bien apoyar ciertas proposiciones económicas. Muy lejos está de mí el negar la posibilidad o el valor de intentos de verificación semejantes a estos. Pero el volumen de los estudios empíricos no comprueba ninguna de las conclusiones de la teoría económica por la simple razón de que la mayoría de las conclusiones se derivan de tal manera, que resulta imposible comprobarlas empíricamente; y algunas de ellas se construyen en tal forma que no la requieren, y son, empero, iluminativas e importantes aun cuando no sean comprobables.

A últimas fechas los economistas han sentido ansia excesiva de abandonar la posición lógica que han ocupado con tanto orgullo desde los días de Ricardo, Mill, Menger y Keynes padre. La creencia de que la economía teórica cubre un campo de problemas en el que el conocimiento puede adquirirse mejor por el ejercicio del razonamiento deductivo, es el supuesto metodológico y la fortificación de aquélla. En la modesta opinión de un extraño como yo, este supuesto ha sido sostenido por la historia de la ciencia económica. En los campos que los economistas han escogido como suyos, han recogido una cosecha de conclusiones más grande en volumen y más fina en sustancia de la que hubieran podido obtener por el estudio inductivo de los hechos. Pero el precio de la deducción es la abstracción: el rigor lógico y la consisten-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

cia de las proposiciones económicas es una consecuencia directa del hecho de que los conceptos fundamentales, las suposiciones originales y las etapas sucesivas del argumento económico, son todos tratados aislándolos del resto del medio social. Y la abstracción explica tanto la inutilidad de la economía como su éxito. Las proposiciones económicas, por habérselas derivado por medio de abstracciones continuas y acumuladas y por estar compuestas de conceptos *a priori*, no pueden aplicarse en forma directa a hechos, para fines ya sea de política o de verificación. Son tan verdaderas, sino es que más, dentro de sus límites, como cualquiera otra rama del conocimiento científico. Cuando no resultan satisfactorias no es porque sean erróneas, sino porque son incompletas. Y en lo que los estudios empíricos pueden ayudar, es en hacerlas más amplias y no más verdaderas; no tanto en probar su verdad, con frecuencia indemostrable, sobre los hechos, como en hacerlos más apropiados y tangibles, suplementándolos con pensamiento científico en aquellos aspectos de la vida social de los cuales han sido abstraídos.

Este residuo de la vida social llena el fondo de las teorías económicas como una especie de presencia invisible, a la que se menciona con frecuencia y siempre con respeto, pero que rara vez se estudia y jamás se analiza. A veces hace una entrada momentánea en un teorema económico bajo el famoso disfraz de "si las otras condiciones son iguales", sólo para salir de la discusión con su incógnito intacto. Aun cuando lo único que sabemos con certeza acerca de "las otras condiciones" es que posiblemente

EL METODO HISTORICO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

no pueden ser iguales, poco se ha hecho para establecer su verdadera identidad, para ir detrás de su variedad y flujo y para comprender lo intrincado de su trama.

Algunas veces estas otras condiciones entran en la teoría económica bajo la forma de supuestos específicos. Ciertas formas de conducta social que se sabe afectan de manera íntima el problema económico objeto de examen, pero que los economistas no han seleccionado para manipular, se mencionan entonces, y permanecen como simples menciones, supuestos especiales. Son tan especiales, que todo el valor práctico, toda la significación del teorema al aplicarse, en verdad, la oportunidad misma de aplicarse, depende del conocimiento de las formas de conducta así supuestas. Y sin embargo, el conocimiento no está allí y muy poco se ha intentado para obtenerlo.

De este modo, en una reciente reexposición de la teoría del comercio internacional,¹ se señala que el comercio se origina principalmente “por la distribución desigual de los factores” de producción, se hacen derivar conclusiones importantes de los movimientos interregionales del capital y el trabajo. Pero lo que esta “distribución desigual” era y es—sus causas y perspectivas—, es desconocida y se da por supuesta. Los muy importantes movimientos de los “factores” se suponen e ignoran igualmente. Pues el proceso social que motiva la emigración del capital y el trabajo subsiste sin explorar ni explicar, a pesar de las interesantes ilustraciones que el autor saca de su experiencia

¹ B. OHLIN: *International Trade*, *passim.*, y especialmente pp. 48 y 58 y cap. XVII.

escandinava y norteamericana y del bosquejo estadístico de las relaciones entre precios y préstamos extranjeros.

En la misma forma, una exposición, generalmente aceptada, de la teoría de los salarios, contiene una serie de proposiciones que dependen de un número de condiciones sociales dadas, entre ellas la población, el aprovisionamiento de capital, la habilidad o el deseo de trabajar de la gente y las invenciones técnicas.² La teoría establece en forma clara que sus conclusiones relativas a salarios y ocupaciones dependerán en cada caso concreto de lo que las condiciones sociales sean. Pero ¿sabemos bastante acerca de ellas para poder conceder realidad a la proposición del autor? ¿Qué causas sociales, psicológicas, políticas e institucionales, determinaron en el pasado y parece probable que continúen determinando las actitudes cambiantes del trabajo o la oferta cambiante del capital, o el desarrollo de la ciencia aplicada, o los chispazos del ingenio técnico?

O tomemos un ejemplo más actual y más cercano a Cambridge. La famosa teoría general sobre la ocupación de Mr. Keynes, si la entiendo en forma correcta, llega a una serie de conclusiones acerca de la ocupación, la tasa de interés, y, dentro de ciertas contingencias, también acerca de precios y salarios, que hace depender de dos escalas de la conducta humana: la propensión de los hombres a consumir proporciones diferentes de sus rentas, y sus preferencias por los grados diferentes de liquidez en que pueden mantenerse los ahorros. Se observa con agudeza la existencia de estas dos escalas, se ha reconocido universalmen-

² J. R. HICKS: *A Theory of Wages*, p. 114.

te su importancia como conceptos, sus nombres pertenecen ahora al inglés básico de la economía. Pero ¿cuánto saben los economistas acerca de ellas? ¿Saben o han explicado el complejo proceso social que a través de la historia ha determinado el empleo de la renta y su distribución en el consumo, o más bien en las clases consumidoras, o han tratado de descubrir qué fuerzas sociales acechan detrás de las preferencias de liquidez?

Podría multiplicar los ejemplos *ad infinitum*; pero espero que mi pensamiento sea claro sin ellos. Tales supuestos acerca del fondo social que hacen los economistas, ciertamente el hecho mismo de que se hagan, demuestra que se les considera importantes. El hecho de que a pesar de que son todavía desconocidos, ni impidan la actividad de los economistas, demuestra que se considera posible conocerlos. ¿Por qué hay, entonces, tan poca economía empírica que trate no solo de la comprobación estadística de las proposiciones económicas, sino también del descubrimiento y análisis de sus condiciones sociales?

Sé que al hacer esta pregunta estoy invitando a la réplica y al consejo de no precipitarme, porque lo que no han hecho aún los economistas, pueden hacerlo todavía; pero si ésta es la réplica, me gustaría que se me permitiera la triste profecía de que las mismas causas que han impedido ayer a los economistas aventurarse en estos problemas, se lo impedirán tanto ahora como mañana. Los tópicos sociales que ellos mismos suponen, pero no resuelven, pertenecen a regiones de la investigación que están fuera, es decir, más allá o por debajo de los gustos y el

EL TRIMESTRE ECONOMICO

alcance del economista típico. Son partículas de realidad concreta y tangible, su estudio requiere una referencia constante a la combinación toda de fuerzas sociales, su problema lógico es el de una interrelación múltiple, ciertamente una interrelación tan múltiple, que hace el trabajo de abstracción imposible e indeseable. Por lo tanto, mi impertinente sugestión es que aquellos campos que los economistas claramente no pueden o no desean cultivar, pertenecen a otros. Son ellas las verdaderas regiones del estudio empírico; y deben dejarse mejor a estudiantes que se especializan en situaciones sociales complejas, que investigan causas pretéritas (todas las causas son causas pasadas), y que, sobre todo, no esperan nunca que sus resultados alcancen la precisión de una fórmula matemática y que, en consecuencia, no se decepcionarían por los resultados más indeterminados que puedan derivarse del estudio de la realidad histórica. En suma, esas regiones son las de la historia económica, y ocupándolas y trabajándolas, los historiadores pueden dar una contribución a la ciencia económica que al presente nadie más parece estar dando.

III

Espero que al definir así el carácter de la contribución que el estudio empírico en general, y la historia económica en particular, pueden dar a la ciencia económica, no he dado la impresión de prodigalidad. Porque lo que acabo de decir acerca de los resultados indeterminados del estudio histórico, recuerda la declaración con que empecé, a

EL METODO HISTORICO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

saber: la historia no es sólo más, sino también menos que el uso al que a veces la destinan los científicos de la sociedad. Si los economistas yerran por el lado de la censura al limitar demasiado estrechamente la extensión de la investigación histórica, los sociólogos yerran por el lado de la prodigalidad, exaltando indebidamente la función de los hechos históricos. Esperan de ellos la solución final e instantánea del más profundo de los problemas de la sociedad. Y están convencidos de que si la historia ha fracasado por ahora en producir una ciencia completa de la sociedad y en encontrar la técnica mecánica de la política, el error no es de la historia sino del historiador. Hay una suposición en toda su obra reciente: el testimonio histórico, en manos de los sociólogos, puede con facilidad revelar los secretos que niega a los historiadores. De ahí los tratados, embarazosamente ambiciosos—y para un historiador embarazosamente crudos—, sobre la sociedad en general, la propiedad en general y la clase en general, que los sociólogos producen partiendo del testimonio que en su origen recogieron los historiadores. De ahí, también, los intentos de exprimir lecciones teóricas de hechos históricos, lecciones que dan escalofrío en la espina del historiador por la violencia que hacen a los hechos y la simplicidad que imponen a la vida.

Esta aversión de los historiadores al maltrato que de sus hechos hacen los sociólogos, no es el resultado de la estupidez ni de la ignorancia, sino de la experiencia y la desilusión. El método histórico en las ciencias sociales tiene su propia historia, llena de las lápidas de las escuelas histó-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

ricas que reclamaron para su método más de lo que puede dar. El empleo científico de la historia social, legal y constitucional, empezó con los intentos de la gente del siglo XVIII y de principios del XIX de derivar de la historia lecciones políticas y filosóficas útiles. Aún las nociones de la relatividad histórica y del escepticismo antifilosófico que marca el nacimiento de las llamadas escuelas históricas de jurisprudencia y política, a principios del siglo XIX, coloreó la creencia de que donde fracasaba la razón, el estudio histórico podía tener éxito. Se pensaba que la historia, de usarse convenientemente, no sólo descubre la imperfección de las proposiciones racionales, sino que también apoya proposiciones generales propias. Pero las dos o tres generaciones subsecuentes, sobre todo las generaciones medias de la era victoriana, enseñaron todavía a la historia otra lección. Porque mientras la escuela histórica de jurisprudencia, Savigny y el resto, hallaron muy fácil el demostrar la imperfección de los principios universales de la jurisprudencia racionalista y de la teoría política, no han podido reemplazarlos con un solo principio histórico susceptible de formularse de una manera general y directa. Semejantemente, mientras Knies, Roscher y Schmoller no encontraron dificultad en demostrar la relatividad de las ideas de Adam Smith y de Ricardo y su dependencia de circunstancias que eran puramente inglesas y puramente temporales, no pudieron derivar de la historia nada parecido a principios alternos capaces de reemplazar los que ellos habían rechazado.

Por último, ahora los practicantes del método históri-

EL METODO HISTORICO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

co han descubierto lo que sus fundadores pudieron no haber percibido, que aun cuando los historiadores y los teóricos viajan por el mismo camino, no sólo usan vehículos diferentes, sino que también llegan a destinos diversos. Pues el destino de los sociólogos teóricos—leyes universales generales, derivadas directamente del testimonio empírico y establecidas explícitamente en términos genéricos—, está fuera del alcance del más veloz y peregrino de los historiadores.

Los historiadores y muchos de los que no lo son se dan cuenta ahora de por qué todo esto es así. Como he dicho ya, el grado de generalización que los economistas teóricos han logrado en su campo y que algunos filósofos del derecho desearían que la jurisprudencia lograra en el suyo, ha sido posible sólo a costa de abstracción. Ahora bien, la historia puede también abstraer y de hecho lo hace en cierta medida; pero en la medida reside la diferencia toda. Cierta clase de abstracción es una condición esencial de todos los procesos mentales; sin ella no podemos usar el lenguaje. Sólo usando palabras el historiador abstrae sus hechos y los agrupa en clases y tipos. Llamando a la guerra de 1815 una “guerra”, y a la guerra de 1914 una “guerra” y a las guerras púnicas una “guerra”, el historiador crea términos genéricos y abstrae hasta cierto grado. Pero es de vital importancia el grado, la extensión hasta la que esté dispuesto a abstraer. Más allá de cierto punto la abstracción roba al hecho toda la realidad histórica. Lo que da valor como testimonio a los hechos de la historia, o a todos los hechos sociales, y su valor para el análisis

EL TRIMESTRE ECONOMICO

causal, es su existencia, su realidad tangible y comprobable. Sólo el fenómeno tangible y concreto puede encajar dentro de un marco social y ser un eslabón en una cadena de causalidad. Pero cuando la abstracción ha ido lo bastante lejos para separar en forma completa el hecho de su ambiente social; cuando el concepto de guerra se emplea en forma que excluye todas las circunstancias históricas de la guerra de 1815 y las de la de 1914 y las de las guerras púnicas, los hechos históricos cesan de serlo, pierden su valor como testimonio y concluye la justificación de la historia como investigación de causas concretas.

Los tópicos de la historia, por muy generales que sean en algunos de sus aspectos, tienen una existencia individual. Por esta razón el historiador, por muy generalizador que sea por temperamento y por muy sociológicos que sean sus intereses, siempre escribe biografías, narraciones de combinaciones individuales de circunstancias. El trabajo del historiador es biográfico aun cuando el sujeto de la biografía sea un fenómeno tan sociológico e impersonal como mi propia materia de estudio en este momento: la sociedad rural en la Edad Media. Donde el historiador revela sus preocupaciones científicas y alcanza su dignidad de miembro de las ciencias sociales, es al concentrar el estudio de su materia individual en su aplicabilidad a los problemas generales y teóricos. Estudia la sociedad rural en la Edad Media, fenómeno que es único y no se repite, porque el estudio es aplicable a tales problemas sociológicos como la correlación de la población, la estructura social, las clases sociales y la enfiteusis, la técnica

EL METODO HISTORICO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

económica y los conceptos legales. Pero a desemejanza del sociólogo, se niega a hacer preguntas universales o a tratar de formular leyes generales.

Un sociólogo, frente a los mismos problemas, escribiría un libro sobre la conexión de la estructura social con la técnica económica en todos los lugares y en todos los siglos, como lo manifiesta el testimonio histórico de todos los países y de todas las épocas; escribiría un libro similar sobre toda familia, toda clase, toda propiedad. Pero para un historiador estos ataques de frente a problemas teóricos, aun cuando se libren con batallones en masa de hechos históricos, no son historia y, en mi opinión, tampoco son ciencia social. El estudio social, en su orden empírico, trata con modelos sociales enteros; por mucho que se simplifiquen y abstraigan, sus hechos son todavía muy complejos para hacer una predicción simple y única. Debemos insistir, aún al precio de otra repetición, en que el castigo de ser lo bastante concreto para ser real, es la imposibilidad de ser lo suficientemente abstracto para ser exacto. Y las leyes que no son exactas, las predicciones que no tienen certidumbre, las generalizaciones que no son generales, son más ciertas cuando se presentan en un ejemplo concreto o en alguna de sus manifestaciones únicas, que cuando se expresan en términos casi universales.

Por lo tanto, lo único que la historia económica y social pueden hacer por la ciencia social, es continuar estudiando situaciones particulares: la sociedad rural inglesa en el siglo XIII, el nacimiento de la industria moderna en los condados interiores de la Inglaterra del siglo XVIII; la

EL TRIMESTRE ECONOMICO

actitud del trabajo ante los salarios y las jornadas en la primera mitad del siglo XIX; la educación técnica en Alemania durante la segunda mitad del siglo XIX; el comercio inglés de la lana en la Edad Media, etc., etc. Pero mientras estudia las situaciones sociales, debe hacer preguntas y buscar contestaciones capaces de revelar la acción de principios sociales. Al estudiar la sociedad rural en el siglo XIII, se deben demostrar las transformaciones económicas producidas por el crecimiento de la población. Al estudiar la actitud del trabajo hacia los salarios, se deben poner al descubierto las fuerzas sociales que en una ocasión convirtió a una porción de la humanidad en un factor capitalista de producción y continúa aún afectando su movilidad y su manejabilidad económica. Al estudiar la educación técnica en Alemania y la relación de las fábricas con las universidades, se pueden revelar las causas que son capaces de estimular el progreso técnico en un movimiento independiente. Estos problemas microscópicos de la investigación histórica, pueden y deben hacerse microcósmicos: capaces de reflejar mundos mayores que ellos mismos. Es en este reflejo vacilante de la verdad, las revelaciones de lo general en lo particular, en donde debe encontrarse la contribución del método histórico a la ciencia social.

IV

¿Vale la pena esparcir una luz tan pobre? ¿Vale la pena dar contestaciones implícitas, imposibles de expresarse en palabras, a preguntas supuestas que no toleran inte-

rrogaciones? ¿No es la empresa total de la historia social y económica, como parte de las ciencias sociales, un mero intento de vencer la dificultad del pensamiento científico, evitándolo?

Estas dudas no son para que yo las conteste. Si mi tópico de hoy hubiera sido *El valor del estudio histórico*, me habría refugiado en la verdad común de que el conocimiento histórico tiene una virtud que, como la de todo conocimiento, es independiente de su valor como ciencia. Pero como mi asunto no es la virtud de la historia sino su uso científico, sólo puedo argüir en defensa de las limitaciones comunes y de las esperanzas comunes de todas las ciencias sociales. El valor de la contribución histórica a la ciencia de la humanidad es esencialmente el mismo que el de todas las otras contribuciones: pequeño e incierto. El que sea prometedor tanto como pequeño, y a pesar de ser incierto, depende de las perspectivas de las ciencias sociales como un todo y no solo de la historia. Porque la incertidumbre en los resultados históricos se debe, no a que los historiadores la produzcan, sino a que se basan en hechos sociales. Por lo tanto, la cuestión real no es si conviene al científico de la sociedad asociarse al historiador economista, sino si le conviene iniciar la obra. Y si personalmente tengo esperanzas en la contribución de la historia, es porque no desespero de la tarea de las ciencias sociales. La razón por la cual no desespero se debe quizás al hecho de que no soy demasiado ambicioso. No creo que la ciencia de la sociedad alcance nunca la perfección de la astronomía, pero tampoco pienso que el pen-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

samiento científico sea imposible o inútil en órdenes más bajos de perfección. El éxito perfecto del esfuerzo científico es producir en el hombre esa certidumbre de expectación en la que puede basarse la acción. Esta certeza absoluta es lo más opuesta a la infinidad de posibilidades que presenta cada situación a un salvaje o a un niño. Entre la anticipación astronómica perfecta del eclipse y la ignorancia de un niño acerca de lo que seguirá al rápido movimiento de la mano, una desaparición temporal de la madre, hay variaciones y grados infinitos en la certeza de la anticipación. El sendero de la ciencia es el de la reducción progresiva en la elección de la expectación, y cuanto más reducida se haga la elección, el pensamiento se acercará más al ideal de la ciencia y se alejará de la ignorancia primitiva.

Pocas ramas de la ciencia, aun la astronomía, pueden pretender haber reducido a una todas las expectativas posibles; por otra parte, no puedo imaginar que los estudios sociales combinados sean incapaces de lograr alguna reducción. Quizás no podremos nunca formular una ley genérica única sobre el origen de la guerra, por mucho que la estudiemos. Semejantemente, jamás podremos expresar la interdependencia de la población y la técnica agrícola en una fórmula matemática, por mucho que estudiemos la sociedad rural. Pero en tanto que se estudie cada ejemplo concreto con vistas a su aplicabilidad a problemas reales, los resultados acumulados, es decir, el análisis acumulado de los principios que nos ocupan crea, y creará más en el futuro, un conocimiento de la sociedad que

EL METODO HISTORICO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

guarda la misma relación con la ignorancia salvaje que ahora prevalece, que la experiencia o la sabiduría vitales, con su extensión limitada, guarda con la ilimitada de un infante. Esta posición de sabiduría colectiva o de experiencia histórica, no será una ciencia perfecta y completa; pero en este aspecto muy pocas ciencias lo son. Tenemos esperanzas porque somos modestos; somos modestos porque somos historiadores: porque la experiencia de un siglo de historiografía nos ha hecho más prudentes de lo que hubiéramos sido hace cien años, con respecto a lo que la historia puede y no puede hacer. Nuestra ciencia, como la caridad, empieza por uno mismo.